



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Laudatio de José Enrique Fojón Lagoa

Laudatio y réplica pronunciada por D. Luis Feliú Bernárdez, en contestación a D. José Enrique Fojón Lagoa, con motivo de su ingreso como académico de número en la Academia de las Ciencias y las Artes Militares, el día 8 de abril de 2026.

Con la venia, señor presidente.

General de ejército, mi general, autoridades, profesores, catedráticos, académicos, familia de Enrique Fojón, damas y caballeros, buenas tardes; es un privilegio para mí tener la oportunidad de realizar la *laudatio* al nuevo académico de número y la réplica al discurso de ingreso que acabamos de escuchar.

La trayectoria profesional de Enrique Fojón Lagoa, coronel de Infantería de Marina retirado, viene marcada principalmente por su carácter de soldado, como él se siente, y por el mando de unidades de Infantería de Marina. Además de ello, es diplomado en operaciones especiales, en mando de unidades paracaidistas, en Estado Mayor por el Ejército de Tierra, en Estados Mayores Conjuntos y en Mando y Estado Mayor por el Cuerpo de Marines de los EE. UU. Destaca en su perfil profesional el destino, ya en situación de retirado, como vocal asesor en el Grupo de Estudios del ministro de Defensa, anteriormente en la Dirección General de Política de Defensa y por la creación de la unidad de transformación de las Fuerzas Armadas, de la que fue su primer jefe, dependiendo directamente del Jefe de Estado Mayor de la Defensa.

En el ámbito académico es doctor en relaciones internacionales y doctor honoris causa por la Universidad Complutense de Madrid. Es Máster en Paz y Seguridad por el Instituto Universitario Gutiérrez Mellado de la UNED y en la actualidad es analista en el Centro de Seguridad Internacional de la Universidad Francisco de Vitoria y profesor del Máster de Paz, Seguridad y Defensa del citado Instituto.

En su faceta como escritor, es autor de un gran número de artículos en revistas especializadas, especialmente en el boletín y cuadernos de estrategia del Instituto Español de Estudios Estratégicos, y de cinco análisis geopolíticos para el Real Instituto Elcano, con el que tuvo relación desde su creación. Por otro lado, la defensa de su sobresaliente tesis doctoral en 2015 versó sobre *La evolución del orden internacional y la configuración del poder en Europa*, título revelador de hace más de una década.

Es coautor junto con Félix Arteaga, analista del Real Instituto Elcano, del libro *El planeamiento de la política de defensa y seguridad en España* y coordinador, junto con el profesor Josep Baqués Quesada, académico de esta institución, de una obra colectiva en 2023 sobre la *Realidad geopolítica de España* y de diez colaboraciones en otras tantas obras colectivas, destacando en 2025 la titulada *Ambición geopolítica de España*. Este brevíssimo extracto biográfico, a modo de *laudatio*, nos muestra su sobresaliente bagaje y acervo académico.

Paso ahora a la réplica al discurso de ingreso del académico electo, doctor Enrique Fojón, en él nos describe la complejidad como nueva realidad estratégica, en la que aparece la «guerra compleja», en un escenario que recuerda de algún modo a la Guerra Fría, como si no hubiera acabado, y en el que se vislumbra, de nuevo, una nueva geopolítica de bloques.

Algunos pensarán que la guerra siempre ha sido compleja, cierto, pero la complejidad en el siglo de la Inteligencia Artificial (IA), del desarrollo digital, del chatGPT, de la ingeniería cuántica, de la intercomunicación inmediata entre personas, del campo de batalla transparente, no se había dado hasta ahora. También resurgen las «guerras de contagio» que afectan especialmente a los bienes comunes globales, a los sistemas internacionales y a sus corredores, más que a los territorios.

Esa complejidad se incardina actualmente con la crisis de identidad estratégica además del dilema estratégico que sufren los EE. UU., hasta ahora, en el rol de árbitro del orden mundial liberal y *hegemón* unipolar del sistema. Pero si el garante del sistema se vuelve inseguro con respecto a su compromiso con el papel a desempeñar, la estabilidad de los sistemas se rompe y se torna difícil de sostener.

En ese sistema, Europa parece despertar bruscamente de su letargo estratégico de años y busca su lugar en el espacio internacional y en su propia defensa.

El punto de partida del análisis de Enrique Fojón es el colapso de la Unión Soviética en 1991 que significó un final, pero también un comienzo, de algo que lamentablemente no generó una alternativa estable a las relaciones de poder, quizá porque ni siquiera se intentó, no hacía falta, la democracia liberal había ganado al comunismo y solo quedaba celebrarlo.

Sin embargo, la asunción de que la desaparición del rival soviético significaba la desaparición de la rivalidad total en el mundo, constituyó un grave error de apreciación, quizá el más grave, como nos destaca Enrique Fojón. En efecto, el conflicto en lugar de desaparecer emergió en nuevas versiones y en nuevos lugares. Surgió la resistencia a la unipolaridad de EE. UU. que más que eliminar la rivalidad o rivalidades anteriores, las distribuyeron por doquier creando un orden solo aparente.

En ese escenario, la globalización apareció como consecuencia de ese orden. Se pensó que la racionalidad económica anularía la rivalidad política... y que la globalización conseguiría un orden mundial de paz y estabilidad basado en la democracia liberal y la economía de mercado. Pero la confianza en la globalización se debilitó, al igual que la influencia de la democracia liberal como destino inevitable de todas las sociedades, difuminándose la economía libre de mercado.

La guerra pasó de ser un anacronismo, un error fatal, un fracaso de la diplomacia o una barbarie del pasado, a ser un instrumento político como nos destaca el académico electo. La erosión de la confianza institucional internacional y de los mecanismos multilaterales, alteraron las actitudes políticas de muchos estados configurando lentamente un aparente nuevo orden.

Cuando los foros diplomáticos parecieron inútiles y las instituciones legales surgidas del orden liberal perdieron la confianza de la mayoría de las naciones, las Fuerzas Armadas regresaron como un medio de adquirir «claridad donde solo había ambigüedad, decisión donde reinaba la indefinición», según nos dice Enrique Fojón. La acción militar fue considerada decisiva, eficaz y necesaria para restaurar orden y credibilidad.

La guerra volvió a entrar en los discursos como una opción política, no como un error fatal. Pero ello no significa solo un mero retorno a la violencia armada, según nos ha destacado Enrique, sino principalmente una gradual apreciación del riesgo, que se había perdido casi por completo en Europa.

En esa reentrada del empleo de la Fuerza, conceptos legales como autodefensa, legítima defensa, acción preventiva y necesidad de seguridad compartida en los complejos geográficos de seguridad, se han ido ampliando, reconfigurando o adaptándose a intereses estratégicos particulares.

Llegamos así al centro del debate que propone Enrique Fojón, a algo desestabilizador, como es la guerra actual, un conflicto en el que las hostilidades militares, localizadas en una región concreta, desencadenan perturbaciones en cascada en múltiples sistemas interconectados del orden global. Es la guerra compleja, la guerra de contagio, exacerbada por la IA; en ella, la asimetría actúa cuando el adversario más débil utiliza la opción de desestabilizar los bienes comunes globales y la economía mundial para, de esa forma, debilitar al que se erige como árbitro del orden internacional.

Durante décadas, Estados Unidos ha servido como garante de facto de los principales bienes comunes globales, como mantener las rutas marítimas comerciales abiertas, las redes financieras estables y los corredores logísticos que sustentan el comercio internacional seguros, pero estas guerras complejas amenazan precisamente esas estructuras, y además se extienden por sistemas, no por territorios, nos advierte Enrique Fojón, y actores estratégicos esperan, desde una aparente pasividad, al resultado del conflicto. Irán de repente se convierte en un espacio de bloqueo geopolítico que influye en un espacio mucho más amplio, no solo territorial. Europa, por el momento, parece mantenerse esperando el desenlace.

Enrique Fojón destaca que Irán no pretende derrotar a EE. UU., ni tampoco podría, lo que intenta es aumentar el coste de mantener el sistema global que sustenta el poder norteamericano, debilitándolo, desgastándolo o haciéndolo inasumible. Lo que comienza como un conflicto de seguridad regional, que afecta a Irán y a sus *proxies*, se ha convertido en una perturbación económica global con consecuencias imprevisibles... derivadas de que el mundo actual está mucho más interconectado que en cualquier época anterior. Los corredores energéticos, la infraestructura digital interconectada con la energía, los sistemas financieros, los corredores logísticos y las cadenas de suministro transmiten las perturbaciones rápidamente entre continentes y sociedades interconectadas, nos advierte Enrique Fojón. Precisamente el control de los corredores energéticos, comerciales, logísticos y los sistemas financieros basados en el dólar, es quizá el objetivo estratégico detrás de la guerra en Irán.

En un entorno así, la guerra se comporta como un proceso de contagio, donde la confrontación militar es solo la infección inicial, y para controlarlo hay que saber diagnosticarlo bien, para luego encontrar el remedio adecuado y, sobre todo,

determinar quién o quiénes lo deben aplicar. Es un nuevo tipo de guerra, como nos indica en su discurso Enrique Fojón, donde los objetivos principales no se muestran con claridad. Nos mantienen hábilmente mirando el dedo que apunta a la Luna.

En ese punto nos encontramos con la Carta de las Naciones Unidas que establece las normas de la legalidad internacional. Esa legalidad, que debería ser respetada por todos los miembros de la Organización, depende de la voluntariedad de cada país signatario, de una Asamblea General inoperante y de las indecisiones de un maniatado Consejo de Seguridad.

En la Cumbre de Seguridad de Múnich y en el Foro Económico Mundial de Davos se manifestaron, recientemente, líderes influyentes en el escenario internacional sobre la inoperancia de la legalidad internacional manifestada por el bloqueo permanente del Consejo de Seguridad, la irrelevancia de la Asamblea General y la pérdida creciente de apoyos a las iniciativas de la organización. Parte de ese orden multilateral y legalidad internacional, a los que a menudo se apela sin aportar nada más, se ha ido desvaneciendo poco a poco, quedando solo sus principios fundacionales. Pero en contra de lo que muchos dicen, después de ese orden no está el desorden... después, aparece otro orden que algunos países quieren configurar. El desorden no es caos, sino que trae oportunidades, innovación y creatividad. Pero advertimos, con cautela, que el mundo se está reconfigurando en torno al poder, a las relaciones de poder, y a la seguridad, en particular la energética y económica, lo que significa la prevalencia de intereses sobre valores y principios.

En ese debilitado escenario internacional buscar la legalidad o incluso la legitimidad del empleo de la fuerza en las Naciones Unidas es en vano y se enfrenta a su dramática inoperancia, por lo que solo nos queda apelar a la justicia. Aparece entonces la tensión entre la ley y la justicia que se manifiesta tempranamente en la teoría de la guerra justa y en la Escuela de Salamanca. Teoría que debería validar o refutar en qué grado la guerra tiene un fundamento justo y legítimo, o por el contrario es simplemente el enfrentamiento de voluntades políticas como consecuencia de la incapacidad de las naciones para resolver los conflictos por medios pacíficos.

En esa tensión entre ley y justicia aparece el fracaso de la legalidad internacional en evitar que algunas naciones incumplan los derechos fundamentales de la Carta de las Naciones Unidas, en evitar las guerras y en evitar la vulneración de los derechos humanos en determinadas naciones, y se subordina el derecho internacional al de la no injerencia en los asuntos internos de los Estados.

Sin embargo, nada tiene que ver la justicia con la guerra que, en esencia, no es más que una confrontación de voluntades o de imposición del poder. Ahí entramos

en la esencia del asunto que es, precisamente, el poder. Las relaciones internacionales han sido, y siguen siendo, relaciones de poder, incluso cuando se disfrazan de relaciones de influencia, de cooperación, de alianza, de amistad o de otro tipo.

Así llegamos a un callejón sin salida, la legalidad internacional está debilitada, se puede apelar a ella como un brindis al sol, pero no hay mecanismos que puedan imponerla, por ello la apelación a la justicia internacional es vana a la vista del poco respeto, en general, por la misma. Solo queda, al parecer, el poder como garante del patrimonio común global y que solo puede ejercerse por aquellos que pueden hacerlo mediante una renovada claridad estratégica sobre su ejercicio.

Nos recuerda a Tucídides en la historia de la guerra del Peloponeso, «los fuertes hacen lo que pueden y los débiles sufren lo que deben» frase del diálogo cuando Atenas invadió y sometió a Melos en el verano del año 416 antes de Cristo, hace casi 2500 años. También nos dice el historiador y militar ateniense que «La historia es un incesante volver a empezar»

Dejando de lado la historia clásica, decimos que la apelación a la justicia internacional, a la estructura legal internacional es vana pues ni es de cumplimiento generalizado, en realidad es voluntario, ni tiene tribunales de justicia, en sentido estricto, ni menos aún de policía judicial internacional para hacerla respetar. El Tribunal de Justicia de la ONU resuelve solo contenciosos legales entre naciones y el Tribunal Penal Internacional juzga a personas, no a Estados, pero solo afecta a las naciones signatarias que son apenas el 60% de las 195 de la Asamblea General y, además, para las naciones firmantes es solo jurisdicción «subsidiaria» de la nacional.

Para terminar esta réplica al discurso del académico Enrique Fojón citaré a Clausewitz, como no, cuando decía que la guerra solo adquiere sentido en la medida en que sirve a un propósito político claro y los clásicos añadirían a eso, limitado, alcanzable y proporcional entre fines y medios. El problema surge cuando el propósito se acomoda para justificar intereses estratégicos y, en definitiva, aparece el síndrome de Procusto que quiere que todo se ajuste a lo que él dice, cree, piensa o a sus propios intereses.

Sin embargo, y como una contradicción más, a Procusto lo ajustició Teseo, aplicándole su propia medida y la guerra del Peloponeso, que nos cuenta el ateniense Tucídides, la ganó Esparta. Paradojas de la historia, como las que tiene la complejidad de la realidad estratégica actual que está configurando un nuevo orden.

Los EE. UU. deberían encontrar claridad estratégica en la senda a ese nuevo orden del siglo XXI que quieren liderar, como hicieron con el anterior, evitando la ambigüedad prolongada que se convierte en vulnerabilidad estructural y ésta en conflicto armado.

Muchas gracias por su atención. ■

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2025